

LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

EN el siglo pasado, el Papa Gregorio XVI condenaba «la libertad de conciencia» como un «pestilente error», y Pío IX anatematizaba que él debiera reconciliarse «con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna».

En este siglo, el Papa Juan XXIII afirma, en cambio, que «los progresos científicos y los inventos técnicos nos muestran toda la grandeza infinita de Dios», y que «todo ser humano tiene el derecho natural... a la libertad para buscar la verdad».

¿Quiere esto decir que hay contradicción entre los Papas del siglo pasado y los de éste?

Evidentemente, la habría para aquellos que, equivocadamente, confunden el lenguaje de épocas pasadas con el actual, o que hacen doctrina permanente de lo que puede y debe evolucionar en la Iglesia.

El obispo de Brujas, monseñor De Smedt, en la segunda sesión del Concilio, dijo que en la Iglesia había una evolución pastoral y doctrinal respecto a la dignidad de la persona humana y su libertad exterior.

Ciertamente, esta evolución no se puede producir en los aspectos divinos de la enseñanza de la Iglesia, aquellos que reveló el mismo Cristo; pero en su aplicación, adaptación y desarrollo puede y debe haber variaciones no esenciales, aunque importantes, en la Iglesia.

Así ocurre, por ejemplo, con la cuestión social. Quienes están acudiendo al Papa León XIII para entender a Juan XXIII, equivocan lamentablemente su meta. Porque León XIII hizo algunas afirmaciones sociales que han sido superadas por los Papas que le sucedieron.

Cualquier persona que lea imparcialmente y sin prejuicios la encíclica *Rerum Novarum* y la *Mater et Magistra*, verá inmediatamente la diferencia. Y aun entre esta última encíclica y los discursos últimos de Pablo VI se puede ver un avance.

Con un detalle bastará: el criterio que alienta en las palabras de León XIII de subdividir la propiedad en el campo, y la concepción más amplia y socializada de Juan XXIII, supone un gran progreso en el enfoque del problema.

Pero el documento pontificio que más ha llamado la atención de todos los especialistas es el discurso del Papa actual a los empresarios católicos de Italia.

Parece como si el Papa entrase de lleno en el gran proceso de evolución social de nuestro tiempo lleno de dinamismo industrial, e hiciera un esfuerzo por comprenderlo desde dentro. Quizá ningún Pontífice como él ha podido palpar, por su condición social perteneciente a este mundo de dirigentes industriales, esta fuerza moderna de los que él llama «productores de riqueza».

Sin embargo, su profundo sentido cristiano, y su postura como Papa de todos los hombres de cualquier estamento social, le impide perder la vista amplia y profunda, reconociendo imparcialmente todos los bienes y males del mundo económico-social de hoy.

* * *

LA vida moderna... se califica por estar condicionada y plasmada por el fenómeno industrial. Este es un hecho, y un hecho de importancia desmedida, que el Papa reconoce sin ningún afán de polémica, ni actitud temerosa ante el peligro del mundo moderno, como les pasó a Gregorio XVI y Pío IX en el pasado siglo.

La nueva «postura de la Iglesia con relación al mundo moderno», es una postura de «comprensión, de atención, de admiración y amistad». Porque no olvida que la vitalidad y grandeza del mundo actual se debe a este doble afán de «dominio de la Naturaleza».

El gran vehículo por el que se realiza este progreso es la Empresa. Esta es la célula social que permite la canalización de las poderosas energías que descubre el investigador económico-social, en este fenómeno de desarrollo industrial en el mundo.



Sin embargo, el panorama no siempre es positivo y optimista. Se puede decir que «¿la organización moderna del trabajo es un fenómeno de perfección, de equilibrio y tranquilidad?». El Papa se lo pregunta, y pocas líneas después contesta con una observación realista y dura que la sintetiza en la comprobación de «la averción que surge contra vosotros (empresarios) precisamente en aquellos mismos a quienes habéis ofrecido vuestras nuevas formas de trabajo».

La reacción es trágica si se tiene en cuenta que aquello que los hombres quieren en el fondo es desarrollar el mundo para conseguir ser más felices, y, sin embargo, la desunión, la fricción y el choque son el resultado de este progreso. La razón de ese equilibrio, por otro lado, es clara para el Papa: «Las estructuras mecánicas y burocráticas funcionan perfectamente, pero las estructuras humanas todavía no».

Este sistema capitalista, del que tanto se ha enorgullecido nuestro mundo, ha fracasado en su esencia humana. El Papa, con una valentía a la que ningún Papa anterior se atrevió, lo afirma con estas palabras: «Ha de tener algún vicio profundo, una radical insuficiencia este sistema, si desde sus comienzos cuenta con semejantes reacciones sociales».

Si una organización capitalista de la Empresa, que en algunos aspectos es tan eficaz, muestra un vicio de fondo tan alarmante por sus consecuencias inhumanas, no puede ser sino por algún mal de fondo que vicia no sólo la estructura concreta de alguna Empresa, sino el sistema mismo.

Lo que algunos propagandistas bien intencionados de la doctrina social de la Iglesia querían hacer ha fracasado, según el Sumo Pontífice. Con pequeños arreglos moralizantes, o con palmaditas del patrono en los hombros de sus obreros, no se arregla el desajuste social que revela el mundo capitalista de hoy. Hay que ser sinceros y buscar nuevas soluciones.

Pablo VI señala los vicios de la estructura actual de la organización empresarial: 1.º) «la unilateralidad de la posesión de los medios de producción», el futuro pide que se estudien con valentía nuevas soluciones en las que el poder industrial no esté en ma-

ALIZACION



Por ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA



nos de un centenar de familias en un país, como ocurre a veces por desgracia. 2.) Tampoco puede ser «la economía encaminada a un provecho privado prevalente», porque esto lleva de hecho a la división de los hombres en clases irreductibles. 3.) No es ningún modelo, ante el materialismo soviético, el contraponer nuestro ejemplo de Occidente con un materialismo de la vida, que es tan equivocado desde el punto de vista cristiano como el materialismo dialéctico; se trata de buscar otras soluciones que centren la actividad económico-social en la persona humana, y no en «la economía del provecho bilateral».

EL Papa hace una gravísima observación que debía hacernos meditar profundamente a los católicos. Santo Tomás, el teólogo auténticamente tradicional, enseñó bien claramente que Dios dejó todos los bienes de la tierra, todas las riquezas naturales, a disposición de los hombres para que, con su habilidad e ingenio, fuesen productivas y sirvieran para cubrir las necesidades vitales (físicas, morales y culturales) de los seres humanos. Por eso decía que el fin primero de las cosas materiales era que sirvieran para el bien de todos. Ese es el derecho primario y fundamental de todos los bienes terrenos. Y casi con las mismas palabras lo señaló Pío XII en su discurso del primero de junio de 1941, en el cual concluía el Papa que este derecho primordial que tienen todos los hombres «no puede suprimirse en modo alguno», ni aun «por otros derechos ciertos y pacíficos sobre los bienes materiales», como sería entre otros el derecho de propiedad privada, según interpreta el Padre Azpiazu, S. J.

Precisamente, este derecho secundario del hombre a la propiedad privada es una forma de realizar la regulación práctica de aquel derecho fundamental. Y esta regulación concreta corresponde efectuarla y plasmarla «a la voluntad humana y a las formas jurídicas de los pueblos», las cuales varían con el tiempo, porque «el régimen de propiedad no es absolutamente inmutable» (Pío XI).

Santo Tomás piensa que esta concreción de la propiedad privada para el desarrollo de los bienes naturales, que han de ir desti-

nados al bien de todos los hombres, se justifica en cada momento histórico, por la paz social que engendra, y la justicia general que produce.

Según el Padre dominicano Bede Jarret, «primitivamente... la tierra y el capital estaban en posesión... de la comunidad» y «para evitar confusiones, peleas y descuidos, surgió la propiedad privada»; por eso la propiedad privada se justifica en cada situación social concreta por «la experiencia práctica de la humanidad». Si es útil socialmente, si sirve mejor que otra solución, se acepta; si no, habría que hacer correctivos sociales en ella para que le hagan cumplir el fin fundamental de ser eficaz para el conjunto de los seres humanos en una sociedad determinada. Como dice el famoso sociólogo católico P. Rutten, O. P. (que trabajó como minero, para mejor conocer los problemas sociales de Bélgica), «la propiedad individual de los bienes que no son necesarios para la subsistencia humana... se justifica por motivos de índole social... en razón de los servicios que presta».

Si los servicios que presta a la sociedad son negativos; si no cumple la función de paz social que pedía Santo Tomás, entonces hay que reestructurar esta organización actual y hacerla más justa y eficaz. Esa es la doctrina católica tradicional, y eso es lo que el Papa aplica a la Empresa moderna.

Hay que hacer un esfuerzo profundo por superar las antinomias sociales que existen, y que casi siempre suponen casi exclusivamente beneficio de unos pocos. Si el Estado tiene que intervenir inteligentemente, que lo haga. Pero es preferible que entre el capitalista y el Estado se empiecen a considerar una serie de asociaciones intermedias de carácter privado, que puedan asumir en la sociedad la responsabilidad de la marcha económico-social, y pasar de las manos exclusivas de los individuos privilegiados por la situación social o la herencia a grupos privados o públicos, pero en los que todos los que intervienen en el desarrollo industrial participen de la gestión y responsabilidad, así como en el provecho.

Esta es la «socialización» que admitía Juan XXIII, y que no debe asustarnos. Hoy todo se hace en equipo, y todos (dirigentes y dirigidos) deben participar en la marcha de la Empresa. Ya no puede pensarse que el egoísmo sea el que arregle las cosas económicas y desarrolle la industria. Una planificación se impone, y también una «socialización» mayor.

Hemos de hacer todos los cambios precisos en la sociedad occidental, a escala nacional y mundial, para que se forme «una sociedad más justa, pacífica y fraterna», y nosotros los católicos podemos hacer mucho por ello, encauzando este «dinamismo social» e industrial de nuestra época hacia la «primacía de la persona humana». Mientras haya injusticias sociales no podemos vivir tranquilos los cristianos. Hemos de hacer no sólo obras buenas de carácter benéfico, sino cambios profundos de la estructura social, para hacerla más justa y que todos puedan vivir en ella más felizmente.

Y, aunque nuestra personal iniciativa pueda hacer mucho, no olvidemos que para la eficacia de un nuevo mundo económico-social hay que tener la valentía de rehacerlo desde sus cimientos, como pedía el gran Papa Pío XII.

No caigamos en el «inmovilismo», no critiquemos por sistema todas las innovaciones, no nos vaya a pasar como a esos conservadores franceses católicos que cuando la asociación de los «Jóvenes Patronos» del vecino país, propaga el libro de Bloch-Lainé sobre reforma de la Empresa, se rasgan aquéllos las vestiduras, creyendo que se va contra la doctrina pontificia, y pocos días después se hace público el discurso de Pablo VI, que concuerda en sus líneas fundamentales con esta tendencia abierta y renovadora de los jóvenes patronos franceses; los cuales son más avanzados y sociales que los teorizantes de una doctrina social retrógrada, aunque sea fomentada por una minoría de católicos. Gracias a que, cada vez, estos conservadores a ultranza son menos en número, y que la influencia del gran Papa abierto y humano que fue Juan XXIII, ha sido decisiva en este despliegue hacia adelante de las filas católicas, pese a algunos.